Lo preguntaría todo: preguntaría si esa nación ha sido maldita de Dios, si debe serlo para siempre; preguntaría si aquellos padres de familia juraron no ser jamás padres, si aquellas madres han olvidado los sacrosantos deberes del oficio maternal.

Y si, á la postre, se me dijera: Pues, ésa es la grande, la generosa nación francesa... ocultaría mi rostro entre las manos, y, rojo de vergüenza, exclamaría con un antiguo:

Ætas parentum, pejor avis, tulit
Nos nequiores, mox daturos
Progeniem vitiosiorem.

CAPÍTULO XX

Del niño, y del respeto debido á la libertad de su vocación.

NADIE VIVE EN EL MUNDO PARA NO HACER NADA; PARA CADA UNO HAY ESTADO, FUNCIÓN Y TRABAJO PROPIOS.

No puedo terminar lo que pensaba decir sobre el niño y sobre el respeto á la libertad de su naturaleza debido, sin tratar una cuestión, gravísima y decisiva, que palpita en el fondo de todas las otras, cuya solución me parece indispensable para el perfecto esclarecimiento de las dificultades que hasta ahora llevamos examinadas.

Voy á hablar sobre el trascendental asunto de la vocación y de la elección de Estado para cada uno.

Compréndese que esta cuestión interesa en su más alto grado la libertad del niño, su felicidad en este mundo y en el otro. Toca igualmente los más graves intereses de la familia y del orden social. De ella diré lo que creo necesario.

Empero no bajaré á minuciosos pormenores; pues me haría interminable; estableceré los principios generales é incontestables que rigen esta materia.

En este particular hay tres verdades certísimas:

1.ª Nadie está aquí en el mundo para no hacer

nada: así, para cada cual hay un trabajo determinado, particular orden de funciones y estado fijo;

2.ª Aquí en el mundo nada se hace á la ventura: la Providencia lo gobierna todo, aun las cosas más menudas, y con mayoría de razón las más importantes: así que, para cada uno y para cada estado hay vocación de Dios;

3.ª En fin, la Educación debe preparar á cada cual para su estado, para lograr su vocación: es consecuencia de lo que precede.

1.º AQUÍ EN EL MUNDO NADIE ESTÁ PARA NO HACER NADA.

Pido á mis lectores que me quieran seguir atenta y religiosamente en las graves y profundas consideraciones que voy á poner ante sus ojos. Aquí es donde tengo necesidad de pedir más seria y recogida atención. Lo que voy á decir es delicado, quizás algo doloroso; veré de decirlo con miramiento, sí, pero también con la sencillez y franqueza que me prescriben mi conciencia, los grandes intereses que defiendo y aun mi respetuoso amor para con aquéllos de quienes voy á tratar.

Varias suertes de padres hay que se deciden, con singular buena fe, á no hacer nada en este mundo á favor de sus hijos; y, para justificarse, alegan motivos ó pretextos, razones ó errores de muy diversas especies.

Heme topado con algunos muy virtuosos, que tenían horror á la sociedad corrompida y corruptora del presente siglo, y que solían decir: todos los estados son peligrosos. En épocas como las actuales no hemos de hacer más que mirar por su salvación.

Puesto que nuestros hijos están condenados á vadear este peligroso mundo, cuando menos, evitarán en lo posible el contagio. — Esta clase de padres es, á la verdad, poco numerosa.

Otros he visto que decían: En los tiempos que atravesamos, no puedo obligar á mi hijo á hacer nada. A ello se oponen mis opiniones: mi honor, la honra de mi familia, no me lo permiten. — Esos tales eran más frecuentes hace algunos años; las circuntancias que les dictaban ese lenguaje cambiaron ya.

He visto, por último, en mucho mayor número, padres de familia que creían hallar en su fortuna desahogada, razón suficiente para dispensar á sus hijos de todo trabajo serio, y para poder dejarlos sin hacer nada.

Á éstos voy á responder en primer término.

Cuando á mí venían padres de esta índole para encomendarme sus hijos, y cuando oían que les decía yo: «¿Se podría saber qué es lo que ustedes quieren que sea en su día? y, aunque sea indiscreción, ¿á qué lo destinan ustedes?...» algunos parecían ofenderse de mi franca pregunta. Los más amables maravillábanse con bondadosa sonrisa de mi candidez (?) y parecían decirme: «Usted no debe conocernos: no somos lo que usted piensa». Y en efecto, algunos me lo decían abiertamente: «Es que nuestro hijo no tiene necesidad de nada: ya tiene asegurado el porvenir. Ya hemos trabajado nosotros por él. Disfrutará de nuestra fortuna, sin que se vea obligado á trabajar él también».

A todo esto no tenía entonces, — ni tengo ahora, — otra palabra que responder sino esta de la antigua Sabiduría: *Homo nascitur ad laborem, sicut avis ad volatum* (Job, V, 7): el hombre nace para trabajar, como

el ave para volar; de suerte que vivir sin trabajar, no es sólo vivir fuera de la condición de la humana naturaleza, sino que también es extinguir, es ahogar, es aniquilar la vida en sí misma: eso no es vivir.

Y aquí nadie se llame á engaño: la palabra de Job, á vueltas de su sencillez, encierra profundísimo sentido. Sí, el hombre ha nacido para trabajar, es decir, para la acción, ó sea para la vida: porque nadie vive, nadie es algo, sino porque obra. El que no hace nada, no es nada, ni será jamás cosa de provecho.

Y nótense aquí las dulzuras del trabajo y la felicidad que comunica á los que lo aman; no voy á decir qué protección ofrece el trabajo á la virtud y cómo la resguarda, ni siquiera diré nada sobre la influencia del trabajo en el carácter, y cuánto vigor y energía le comunica. Sólo quiero apuntar una cosa: que el trabajo es condición necesaria para la vida en todo hombre venido á este mundo. Es su esencial vocación: rico ó pobre, debe cumplirla. Los pobres no lo dudan; pero muchos murmuran de ella y hacen cuanto pueden por escapar de esa imperiosa ley. Los que no son pobres y que creen no tener necesidad del trabajo para ganar el sustento, no comprenden lo bastante que han menester trabajar para conservar, para ennoblecer, para elevar la vida que de Dios han recibido.

Hoy en día háblase mucho de libertad: yo mismo he hablado de ella y he hecho su panegírico en mil ocasiones; pero la ley de la libertad es la ley del trabajo. Libertad, actividad y trabajo son ideas íntimamente ligadas entre sí Ved por qué los pueblos ligeros ó perezosos no fueron criados para la libertad.

Mas lo que principalmente quiero hacer notar aquí, es que el trabajo constituye la gran ley de la creación.

Dios, al crear el mundo, al darnos la vida, hizo una labor noble, divina: y nosotros hemos de trabajar para vivir, es decir, para conservar, para desarrollar, para elevar la vida que hubimos del Señor.

¿Veis las nobles facultades del alma? ¿qué son? Potencias activas que piden trabajo. Condenarlas á la inercia, negarles esta generosa actividad que esencialmente las distingue de la materia inerte, es envilecerlas, degradarlas, aniquilarlas. ¿Qué digo? Las mismas facultades corporales no se conservan, ni se desarrollan más que con el ejercicio, ó sea, por medio del del trabajo. Todas las fuerzas físicas, intelectuales y morales del hombre, crecen y se desarrollan á medida que el hombre las ejercita con energía, y caen y se atrofian ó aniquilan luego que se las deja languidecer en la ociosidad; en una palabra, todo el que no hace nada en este mundo, por eso mismo y aun por eso solo, obra mal, se deprava, se arruina á sí propio: éste es uno de los sentidos de aquella célebre frase de la Escritura: La ociosidad enseña todo mal: — *Omnem malitiam docuit otiositas.*

Bossuet no temía dar estas vigorosas lecciones al hijo de Luís XIV. No pocas veces he admirado la energía con que se esforzaba este santo obispo en hacer penetrar la citada austera verdad en el corazón y en el alma de aquel joven príncipe.

«Si Dios os ha dado inteligencia y todas esas nobles facultades que os enaltecen y con cuyo auxilio podéis recordar lo pasado, conocer lo presente y prever lo porvenir, no ha sido en vano, ni para que no hagáis ningún uso de ellas, — decíale con frecuencia. — Todo el que rehusa aprovechar estos dones del cielo, *necesariamente ha de tener por enemigos á Dios y*

á los hombres. Pues no hay que esperar que los hombres respeten al que desprecia ó tiene en poco lo que le hace hombre, ni que Dios proteja á quien no usare sus más excelentes dones».

Prosigue Bossuet haciendo entender á su regio alumno que todas las facultades de su inteligencia, las verá muy presto aniquiladas, como no las cultive por medio del trabajo.

«No comencéis por desaplicación y pereza una vida que debe ser tan ocupada y activa. Tales comienzos harían que, habiendo nacido con grandes talentos, no pudierais menos de imputaros á vos mismo la extinción ó inutilidad de esa maravillosa luz, rico presente venido de Dios. ¿De qué os servirían, en efecto, bien templadas armas, sino las hubierais á mano en el momento de peligro? Fuera igual que si no las tuvierais ó que si las hubierais perdido. Y así como si por mucho tiempo dejarais de bailar y de escribir, vendríais, por falta de hábito, á olvidar lo uno y lo otro, de la misma manera, si no ejercitáis vuesto entendimiento, se os abotagará, caerá en una especie de letargo; y, por más esfuerzos que más adelante tuvierais voluntad de practicar para sacarlo de aquel atolladero, ya no estaríais á tiempo de conseguirlo.

»Alzaránse en vos vergonzosas pasiones. El amor del placer y la cólera os llevarán á toda suerte de crímenes: y, una vez extinguida en vos la única antorcha que os hubiera podido alumbrar y guiar vuestros pasos, os veréis imposibilitado de contar con ningún humano socorro».

Luego es verdad incuestionable que la Educación no ha de limitarse á no hacer nada, y á impedir que no se haga nada.

Luego es verdad fuera de duda que en el mundo, todos, ricos y pobres, están llamados á hacer algo; todos tienen algún trabajo en que ocuparse, alguna vocación que cumplir.

Luego es verdad que, á pesar de lo que podría decirse sobre la inclinación del hombre á la holganza, y á pesar de la natural indolencia de su carácter y de su espíritu, es verdad, repito, que el trabajo y la actividad son para él esencial condición de su vida, é ineludible necesidad de su vida. «Por admirable divina economía, toda criatura disfruta y se satisface ejercitando sus fuerzas: el alma se goza en el ejercicio de sus facultades, disfruta en obrar lo que puede: de suerte que en el mismo trabajo halla su verdadero reposo (1).»

Así es que el trabajo no le fué impuesto al hombre como ley, únicamente después que se hizo culpable y prevaricador: en las bienhadadas y encantadoras mansiones del primitivo Edén, el hombre inocente debía trabajar: *Posuit eum in paradiso voluptatis, ut operaretur eum* (GÉNESIS). El trabajo fué una de las condiciones de su dicha, de su dignidad, de su existencia.

Pronto, así es la verdad, vino á ser parte de su castigo el trabajo que, según la primera ordenación de la Providencia, no hubiera sido para él más que el encanto y el ornamento de su vida; pronto se pronunció contra el hombre aquel formidable decreto que todavía lo persigue y lo perseguirá hasta en su más remota descendencia: *Con el sudor de tu rostro comerás el pan: In sudore vultus tui vesceris pane* (GÉNESIS).

«Pero muy luego también una voluntad misericordiosa hizo de manera que el castigo reparase la falta;

(1) M. OZANAM.

y en la humillación, animosamente sufrida, halla el hombre otra grandeza mayor. Al fecundar la tierra con el sudor de su frente, como el sol la fertiliza con sus ardores, y las nubes con sus lluvias, vuelve á entrar en el orden regular del universo. Dios lo emplea, y por ende lo rehabilita: luego que él se sirve de sí propio, comienza á merecer. Ahí tenéis el dogma cristiano del trabajo, cuyo profundo sentido no es comprendido como se merece (1).»

Después de tan sólidas altísimas razones; después de tan religiosos motivos, derecho tengo para decirlo en alta voz á aquellos con quienes voy hablando:

—Usted quiere ser algo en este mundo—¿qué no es así?—Usted quiere vivir... y quiere no hacer nada: ¡pues hágase cuenta que quiere lo imposible!: todas las leyes morales, sociales y naturales se oponen á ello.

La ociosidad es la inevitable ruina de todas las facultades. Dichas facultades son activas por esencia; sin cesar reclaman cultura, desarrollo, ejercicio, es decir, trabajo: de lo contrario, se quedan incultas, convertida el alma en un erial, donde no germinan, en frase de la Escritura, más que espinos y zarzas: *spinas ac tribulos*. Frutos amargos, frutos silvestres: son los únicos frutos que pueden dar las humanas facultades, quedándose incultas, y á merced de sí propias.

Queréis ser algo en este mundo, y no hacer nada:—mas yo os digo, por de pronto, que eso es imposible de toda imposibilidad; haréis lo malo.

Además, no hacer nada en este mundo, es querer en vano eximirse de la suprema ley del género humano, la cual no sólo es para el hombre ley de conserva-

(1) M. Ozanam.

ción, de perfeccionamiento y de vida; sino que, al propio tiempo, es para él, después de la caída original, ley misericordiosa de expiación y de regeneración.

Hablemos claro: ¿En virtud de qué derecho quiere usted que no se cumpla en su persona ni en la de sus hijos, esa ley universal, esa sentencia que os ordena llenar, con noble y religioso trabajo, todos los días que separan vuestro nacimiento del de vuestra muerte?

¡Sois rico!—Esta excusa, en lugar de justificaros, hace más culpable vuestra ociosidad. «Si os hubieran pagado por adelantado,—os diré con un santo y elocuente obispo (1) cuyo nombre es caro para la cristiana juventud,—si os hubieran pagado por adelantado, ¿os creeríais con título para no trabajar y hacer vuestro el adelantado salario?...»

Pasando á tratar de los que pregonan que los tiempos que atravesamos son malos y aciagos, y que sus hijos no deben hacer en el mundo más que procurar su propia salvación, les diré que tales subterfugios y sutilezas tan extrañas, ni son dignas de su talento ni de su fe. No lo dudamos, es preciso que el niño trabaje en su salvación: ése es el gran negocio para él en este mundo. Pero, como sea verdad que sin trabajo no hay salvación, y que la ociosidad es una rebeldía contra la divina Providencia; como sea de divina institución que las facultades generosamente concedidas por Dios al hombre deben ser cultivadas y desarrolladas mediante el trabajo; como quiera que la experiencia demuestra también que estas facultades no pueden dejarse en la inacción sin riesgo para la virtud; y, en fin, como está escrito que Dios arrojará en las tinie-

(1) M. Borderie, obispo de Versailles.

blas exteriores—en frase del Evangelio—á los que no hubieren hecho nada en el mundo, pues no quiere contar en el número de sus servidores los siervos inútiles y sin provecho, ¿qué podréis responder en el juicio de Dios, cuando os pida cuenta del talento que os había confiado, del alma de vuestros hijos, de la inutilidad y pérdida de su preciosa vida?

Por otro lado, á lo dicho hay que añadir que el trabajo no es sólo ley natural, moral y religiosa del individuo: es también ley social de la humanidad.

Nadie fué criado en el mundo para no hacer nada; pero ninguno tampoco fué criado para ser inútil á sus semejantes.

El egoísmo nunca podrá ser ley ni de la sociedad doméstica, que es la Familia; ni de la sociedad temporal, que es el Estado; ni de la gran sociedad espiritual, que se llama Iglesia.

A sí propio se debe cada cual el trabajo; pero lo debe también á sus semejantes: y el que soterra su vida en la ociosidad, añade al daño que á sí mismo se ocasiona, el de una culpable inhumanidad para con sus semejantes. Pues ¿qué? Todo en vuestro derredor está en actividad, todo se agita, todo se mueve, todo trabaja: y sólo vos, en medio de ese movimiento universal, os quedaréis ocioso, indignamente inútil, en vergonzosa inacción. ¡En muy poco tenéis las penas y los sudores de vuestros hermanos! Sus fatigas y sus trabajos no son para vos más que un espectáculo con que parecéis entretener vuestros ocíos; ó mejor dicho, os fijáis como centro inmóvil de todo este movimiento, y os aprovecháis de él sin salir de vuestra inacción, sin pensar en ofrecer á vuestros hermanos, á cambio de su trabajo, algunos servicios de vuestra parte.

¡El trabajo! Cuando menos lo debemos á nuestros padres, á los hijos, á la familia, á la patria: la ociosidad es la que deja escapar de las manos de tantos indignos herederos el patrimonio de riqueza ó de honor que habían recibido de sus padres; la ociosidad es la que, cual gusano roedor, carcome á la sordina y hace por fin desplomarse las fortunas en apariencia cimentadas sobre más sólidos fundamentos, y por toda herencia prepara á los hijos de un padre rico y honrado la miseria y el baldón.

¡De ahí es el verse en las naciones grandes tanta familia arruinada, tanto abolengo destruído! De ahí esas razas ilustres hoy entecas, olvidadas y quizás envilecidas, incapaces de hacer nada, de dirigir ni gobernar nada, de establecer nada, de perpetuar nada, y, en días de público apuro, incapaces de salvar nada. De ahí esas antiguas familias sabias é ilustradas que se desarrollan precariamente en la obscuridad, y miserablemente desaparecen: ésta es, sin contradicción, una de las más terribles maldiciones que podrían caer sobre una nación. ¡Desgraciado del pueblo cuyas grandes vigorosas familias se rebajan, se hunden y desaparecen!

Aquí me encuentro ¡harto lo siento! con más de un prejuicio; conozco que á algunos mi lenguaje podrá parecerles amargo; yo también quiero dar á mi pensamiento algún desarrollo para esclarecerlo; he puesto el dedo en la llaga, en lo más delicado, y créome llegado á lo más importante y escabroso de mi asunto.

Voy á decirlo sin rodeos, ni eufemismos, ni contemplación alguna para con las prevenciones de nuestro tiempo.

Llamo yo noble familia, noble linaje, noble apellido

á aquellas familias, linajes y apellidos que por sus memorables servicios prestados á la patria, en cualquier época, se hicieron dignos de pasar á la historia y rodearon su nombre de esplendoroso nimbo de gloria, con las armas en los campos de batalla, con su destreza en el manejo de importantes negociaciones ó en el desempeño de altos empleos públicos ó por el brillo de su talento y aun de su genio en ciencias y en letras; en suma, por la santidad de costumbres y la grandeza de carácter si han formado parte de la magistratura ó de la Iglesia.

La ascendencia de estas razas es lo que, en lenguaje francés, llamamos alcurnia *(naissance)*, de la cual escribía M. Royer Collard estas memorables palabras: *La ilustre prosapia será siempre una grandeza, y el respeto de las antiguas glorias toma su origen en nobles sentimientos.*

La autoridad de este famoso publicista no da lugar á sospecha.

Entre los incontestables é incontestados títulos que forman las grandes familias contaré la *propiedad solariega*, ó sea la *riqueza territorial*, en cuanto que viene á ser fuerza social.

Ya veis lo que llamo nobles familias, grandes razas de un país.—Pues bien: lo voy á confesar con lealtad,—á estas nobles familias las amo, las respeto, las venero, porque amo, respeto y venero los grandes recuerdos y las acciones heroicas. No sé de nación alguna que no cuente y no estime como su fortaleza y su gloria las antedichas familias, y que no sienta instintiva y natural inclinación á pedirles los jefes, los guerreros, los ministros, los primeros magistrados, los administradores de su erario y de sus más caros intereses. Quizás

en esto haya prejuicio; pero hay que confesar que es un prejuicio muy fundado, y, salvo en los tiempos de revolución en que este prejuicio se torna en odio contra tales familias, tarde ó temprano se vuelve siempre al estado primitivo.

En las Repúblicas como en las Monarquías, en los pueblos antiguos lo mismo que en las naciones modernas, las miradas del pueblo en sus necesidades ó públicos desastres, naturalmente se vuelven hacia estas nobles é ilustres familias, y en ellas se espera hallar siempre, más copiosa y segura, la ciencia de los negocios humanos, la sabiduría de la vida política, la experiencia, el sacrificio, la fuerza, la autoridad, únicas que pueden gobernar, defender y salvar el país.

No vacilo en afirmar que en ninguna parte tiene raíces tan profundas como en Francia este prejuicio,—si lo es,—ni hay nación donde ejerza más irresistible influjo. Engañaríase de muy extraña manera quien pensara que las revoluciones se fraguan entre nosotros para destruir los títulos nobiliarios y las familias de abolengo: entre nosotros las revoluciones se fraguan para conquistarlos: cada uno quiere disfrutarlos á su vez, ó á lo menos reemplazar á los otros en el escenario. Hay aquí también un hecho curioso y digno de observarse: en nuestra patria las revoluciones no han sabido más que multiplicar los títulos y vanidades de que voy hablando.

La nación inteligente honrará siempre el sentimiento de dignidad hereditaria que, por más que en algunos engendre vanidad, no por eso deja de ser eminentemente nacional y útil en sí mismo.

En nuestra patria, el mérito brillante que surge de